

Monjes y risas

Michael Casey OCSO^{1*}

En el imaginario popular, el regordete fraile franciscano suele aparecer como un individuo jovial. El monje, sin embargo, presenta un rostro más sobrio. Una figura enjuta, vestida de negro y acechando en un tenebroso claustro, el típico monje no parece muy divertido. Quizá merezca la pena examinar la tradición monástica para determinar si realmente intentó eliminar esa actividad tan humana: la risa.²

1. San Benito y su Regla

El 25 de octubre de 1964, el Papa Pablo VI consagró la reconstruida iglesia abacial de Monte Cassino y declaró a San Benito patrón de Europa. En el curso de su homilía habló de la «elegante gravedad», típica del estilo de vida benedictino y de quienes lo abrazan.³ La imagen que evocaba era la de unos monjes de cingulo negro, ocupados en los majestuosos rituales de una liturgia solemne. Todo es seriedad y sobriedad; nada frívolo se encuentra aquí.

San Benito hace referencia a la *gravitas* seis veces a lo largo de su Regla.

6,3: “A los discípulos perfectos rara vez se les ha de dar permiso para hablar —incluso para una conversación buena, santa y edificante— a causa de la gravedad de la moderación de la palabra (*propter taciturnitatis gravitatem*)”.

^{1*} Monje cisterciense de la abadía de Tarrawarra (Australia) desde 1960. Licenciado en Sagradas Escrituras (Lovaina) y Doctor en Teología (Melbourne College of Divinity) por un estudio sobre el deseo de Dios en los escritos de Bernardo de Claraval. En 2022 recibió el Doctorado Honoris Causa del Pontificio Ateneo Sant’Anselmo.

² Clemente de Alejandría habla del ser humano como un *gelastikon zoon*: un animal que ríe; *Pedagogo* II.46, 2; SChr 108.

³ Pablo VI, *Quale saluto*; traducido, en *The Pope Speaks* 10, 120.

7,60: “El undécimo paso de la humildad consiste en que, si acontece que un monje hable, diga unas pocas palabras razonables con suavidad y sin risa (*sine risu*), humildemente y con gravedad, y no en voz alta”.

22,6: “Que se apresuren a anticiparse unos a otros en la obra de Dios, pero con toda gravedad y modestia”.

42,11: Las rupturas necesarias del Gran Silencio “han de hacerse con la mayor gravedad (*summa gravitate*) y la moderación apropiada”.

43,2: Todos han de apresurarse a la Obra de Dios, “pero con gravedad para que no haya ocasión de payasadas (*ut non scurrilitas inveniatur fomitem*)”.

47,4: Los que cantan o leen deben hacerlo “con humildad, gravedad y temblor”.

De estas pocas referencias podemos deducir algo del ambiente serio del monasterio que San Benito esperaba inculcar. Un lugar donde la conversación se mantenía al mínimo; los monjes no debían ir de un lado para otro, ni hacerse los payasos, ni exhibirse. Todo debía hacerse con el debido decoro y orden.⁴ La excentricidad, la originalidad o la singularidad debían eliminarse en favor de una uniformidad disciplinada y casi anónima. La familiaridad se sustituye por la formalidad (63,11-12) y se abandona todo rastro de solidaridad familiar (69,2). Los niños deben mantenerse a distancia y ser tratados con severidad (63,9). Cualquier comportamiento payasesco (*scurrilitas*) era anatema, sujeto a *aeterna clausura* (6.8).⁵ Como lo era provocar deliberadamente la risa o disfrutar de ella (4,53-54), porque la risa es la marca del necio (7,59).

En materia de risa, la antigua sociedad romana no se diferenciaba mucho de la nuestra, aunque, como cabía esperar, existía cierta particularidad en los objetos de su humor.⁶ La risa es probablemente una característica universal de la sociedad humana, un subproducto de la vida en común.

⁴ Cf. M. Casey, “Saint Benedict’s View of Order”, *Tjurunga* 72 (2007), 30-46.

⁵ Parece que San Benito se dio cuenta de que estaba librando una batalla perdida, ya que incluye la *scurrilitas* entre las actividades que recomienda reducir durante la Cuaresma (49.7).

⁶ Cf. Mary Beard, *Laughter in Ancient Rome: On Joking, Tickling and Cracking up* (Berkeley: University of California Press, 2014). Jerónimo parece comentar (Ep 130,13) que tanto Catón el Censor como Marco Craso se han reído sólo una vez en su vida. En el contexto de esta carta parece que consideraba que la *scurrilitas* y la *lascivia* eran típicas de las clases bajas y, por tanto, indignas de una dama noble.

Es imposible hacerse cosquillas a uno mismo. “La gente es divertida”,⁷ y los que viven solos tienen pocas oportunidades de desarrollar su sentido del humor. San Benito, que se declaraba partidario de la vida solitaria,⁸ no tenía gusto por la alegría ni paciencia con los que se sentían atraídos por ella. Él mismo nunca había vivido como un monje cenobítico, bajo una regla y un abad. Su formación fue la de un solitario y su tiempo en comunidad fue como abad. No es de extrañar que hubiera fricciones cuando asumió la autoridad en un monasterio cercano, tal vez Vicovaro. Al final, los monjes intentaron asesinarle —normalmente una señal de desaprobación— y regresó a su ermita.⁹

En su segunda etapa como abad, San Benito parece haber aprendido que la autoridad cenobítica debe mantenerse saludable mediante controles y equilibrios. Puso en marcha un sistema, por el que el estilo de vida básico quedaba determinado por una regla escrita que todos aceptaban, de modo que no estuviera sujeto a los caprichos de un abad. Sin embargo, la rigidez de una regla debía moderarse y acomodarse a la realidad mediante las intervenciones de un administrador vivo.

El texto que sirvió de base a la regla compilada por San Benito (la llamada “Regla del Maestro”), fue objeto de continuas adaptaciones durante los años de su administración. La versión final de la Regla de Benito indica cierto cambio de perspectiva en su autor. La vida en comunidad suele tener el efecto de pulir los elementos más espinosos de la personalidad, y la experiencia de la necesidad de dar y recibir en la vida comunitaria tiende a aflojar el control de los principios rígidos. Añádase a esto toda una vida de lectura, como se recomienda en la RB 73, e inevitablemente los horizontes de uno se ampliarán.¹⁰ Además, es muy posible que Escolástica ejerciera una influencia suavizadora sobre su inflexible hermano.¹¹ Sea cual fuere la

⁷ Título de un programa de televisión estadounidense presentado por Art Linklater en los años cincuenta.

⁸ Gregory the Great *Dialogues* II, 3.5: *ad locum dilectae solitudinis redit*. (SChr 260, 142).

⁹ Gregory the Great *Dialogues* II, 3.4; (SChr 260, 142).

¹⁰ Comparando la RB 2 y la RB 64 vemos muy claramente el cambio operado en San Benito por su adopción de los principios más moderados de San Agustín.

¹¹ Cf. Carmel Posa, *The Lost Dialogue of Gregory the Great: The Life of St Scholastica* (Collegeville: Liturgical Press, 2024).

verdad del asunto, el propio San Benito parece haberse suavizado con el paso de las décadas, de modo que el legado que deja tras de sí se considera comúnmente moderado¹² y humano.¹³

Nunca sabremos hasta qué punto San Benito superó lo que parece ser una falta de humor temperamental. Probablemente nunca llegó a tener una actitud relajada ante la vida. Pero, en defensa de San Benito, debemos recordar que la Regla es una regla, no un libro de chistes, como el *Philogelos* compilado más o menos en la misma época.¹⁴ Su género literario exige un estilo sobrio y llano. Fue concebida como un texto jurídico,¹⁵ aunque está claramente por debajo de las normas de la jurisprudencia profesional.¹⁶ Es muy probable que un texto jurídico no sea un medio exacto para evaluar la personalidad de un autor. Un legislador severo puede ser un compañero genial cuando no está de servicio. Además, San Benito escribía consciente de una tradición que, por lo general, prefería evitar todo lo que restara seriedad a sus ideales.

Tradición monástica

La bienaventuranza que promete alivio a los que lloran (Mt 5,4, Lc 6,21) llevó a muchos de los primeros escritores cristianos a concluir que el luto (*penthos*) era algo bueno, algo que merecía la pena cultivar.¹⁷ El consuelo y la risa son perspectivas que cabe esperar en la vida futura, no ahora. En el presente, quienes deseen recibir el beneficio prometido deben reformar sus actitudes para que se les considere “lamentadores”. Para ello debían

¹² Cf. M. Casey, “Moderation: The Key to Permanence”, in Gervase Holdaway [Ed.], *The Oblate Life* (Collegeville: Liturgical Press, 2008); 177-186.

¹³ Cf. M. Casey, “The ‘Humanitas’ of the Benedictine Tradition,” en John Stanley Martin [Ed.], *A Man with an Idea: St Benedict of Nursia* Carlton: University of Melbourne, 1981; 27-35.

¹⁴ Barry Baldwin [Trans.], *The Philogelos or Laughter-Lover* (Amsterdam: J. C. Gieben, 1983).

¹⁵ “He aquí la ley (lex) bajo la cual queréis servir” (RB 58,10). Nótese también el genitivo epexeagético en 58.15: *lex regulae*.

¹⁶ “Lejos de ser un proyecto salido de la mente clarividente de un genio, la Regla se entiende mejor como un documento de trabajo, progresivamente matizado sobre la base de la experiencia de toda una vida”, M. Casey, “Quod Experimento Didicimus: The Heuristic Wisdom of Saint Benedict”, *Tjuringa* 48 (1995) 3-22.

¹⁷ Cf. Irenée Hausherr, *Penthos: The Doctrine of Compunction in the Christian East* (Kalamazoo: Cistercian Publications, 1982).

encontrar la causa de su tristeza. Esto significaba que se animaba a la gente a desarrollar una conciencia de su propia historia pecaminosa, a experimentar dolor ante el recuerdo (*katanyxis, compunctio*), a aprender a temer el temible Día del Juicio, a arrepentirse y, así, enmendar sus vidas. Mientras tanto, debe evitarse todo lo que pueda reducir la amargura de este proceso: la autocomplacencia en todas sus formas, la distracción (*akedia*) y la risa. Estos son sustitutos fraudulentos de las realidades escatológicas: cuando se consienten, bloquearán el progreso de aquellos que desean tomar en serio su viaje hacia la vida eterna.

De acuerdo con la enseñanza general de los Padres de la Iglesia, como Orígenes, los Capadocios y San Juan Crisóstomo, los primeros monjes estaban convencidos de que su pericia profesional debía estar en el área del dolor por sus pecados y manifestarlo con abundancia de lágrimas.¹⁸ Disfrutar de la vida y reír eran signos de que el monje no estaba haciendo un esfuerzo serio por reformar su vida. “La risa es ajena a los monjes”.¹⁹ Por otra parte, “las lágrimas significan una apertura a la vida nueva, un ablandamiento del alma, una claridad de la mente”.²⁰ Son el signo más claro de la *metanoia*.

“Se decía del Abba Poemen que durante toda su vida, cuando estaba sentado, trabajando con sus manos, tenía un trapo en el regazo a causa de las lágrimas que le caían de los ojos”.²¹

“Un hermano preguntó a Abba Poemen: «¿Qué debo hacer con mis pecados?». El anciano le dijo: «El que quiere librarse de los pecados se libera de ellos llorando»”.²²

¹⁸ Para la documentación de esta actitud, ver Pedro Max Alexander, “La prohibición de la risa en la Regula Benedicti: Intento de explicación e interpretación”, *Regula Benedicti Studia* 5 (1977), 225-283.

¹⁹ Nestheros 5; Benedicta Ward [Trans.], *The Sayings of the Desert Fathers: The Alphabetical Collection*; (Kalamazoo: Cistercian Publications, 1975), 130.

²⁰ John Chryssavgis, *In the Heart of the Desert: The Spirituality of the Desert Fathers and Mothers* (Bloomington: World Wisdom, 2003), 51.

²¹ John Wortley, *The Book of the Elders: Sayings of the Desert Fathers: The Systematic Collection* (Collegeville: Cistercian Publications, 2012); 3.3, p. 25; ver Arsenius 41: “Se decía de él que tenía un hueco en el pecho canalizado por las lágrimas, que le caían de los ojos durante toda su vida mientras estaba sentado en su trabajo manual”, Ward, *Sayings*, 16.

²² Wortley, *The Book of the Elders* 3.29, p. 31.

Quien llora no tiene ocasión para la risa ni, en algunos casos, tolerancia para ella en otros.

“Cuando un anciano vio reír a alguien, le dijo: «Vamos a tener que dar cuenta de nuestra vida ante el cielo y la tierra, ¿y tú te ríes?»”.²³

“Alguien vio reírse a un joven monje y le dijo: «No te rías, hermano, porque estás alejando de ti el temor de Dios»”.²⁴

“La risa echa por tierra la bienaventuranza del dolor. La risa no construye, no protege; destruye y derriba lo construido. La risa contrista al Espíritu Santo, no beneficia al alma y corrompe el cuerpo. La risa ahuyenta las virtudes; no tiene recuerdo de la muerte ni contemplación de los castigos”.²⁵

Es muy posible que la feroz denuncia de la alegría sea más retórica que real. Hay excepciones a la actitud inflexible hacia la alegría. Se permitía una sonrisa. “El bondadoso santo Doroteo... tiene este delicioso dicho: «Si tienes que reír, que tu risa sea sin dientes»”.²⁶ La siguiente historia sobre San Antonio indica que, incluso en el desierto, era deseable pasar algún tiempo relajado, recuperándose quizás del gasto de energía de otras ocasiones.

“Un cazador en el desierto vio a Abba Antonio divirtiéndose con los hermanos y se escandalizó. Queriendo demostrarle que a veces era necesario satisfacer las necesidades de los hermanos, el anciano le dijo: «Pon una flecha en tu arco y dispara». Así lo hizo. El anciano le dijo entonces: «Dispara otra», y así lo hizo. Entonces el anciano le dijo: «Dispara otra vez», y el cazador contestó: «Si doblo tanto mi arco lo romperé». Entonces el anciano le dijo: «Lo mismo ocurre con la obra de Dios. Si estiramos a los hermanos más de la cuenta, pronto se romperán. A veces es necesario bajar para satisfacer sus necesidades». Al oír estas palabras, el cazador sintió compunción y, muy edificado por el anciano, se marchó. En cuanto a los hermanos, volvieron a casa fortalecidos”.²⁷

²³ Wortley, *The Book of the Elders* 3.41, p. 34; = Anonymous 139.

²⁴ Wortley, *The Book of the Elders* 3.51, p. 36; = Anonymous 54.

²⁵ Wortley, *The Book of the Elders* 3.55, p. 37.

²⁶ Hausherr, *Penthos*, 100.

²⁷ Ward, *Sayings*, Antony §13; p. 3.

Sin embargo, en las *Reglas Breves* de San Basilio el Grande, y en la versión latina de Rufino conocida por San Benito, la actitud ante la risa es absoluta.

“Puesto que el Señor condena a los que ríen ahora, está claro que para el alma fiel nunca hay tiempo para la risa, sobre todo porque hay tantos que, transgrediendo la ley, deshonoran a Dios y mueren en sus pecados, por los que hay que llorar y gemir sin cesar”.²⁸

En las *Reglas más largas*, escribiendo en el contexto del autocontrol (*enkrateia*), San Basilio tiene algo más que decir sobre el tema.

“Que también es necesario mantener a raya la risa. Esto también, aunque considerado ligeramente por muchos, merece no poca vigilancia por parte de los ascetas. Pues dejarse dominar por la risa desenfrenada y sin control es señal de intemperancia, de falta de templanza en las emociones y de una frivolidad del alma no controlada por la estricta razón. Pues, si bien no es impropio expresar el desbordamiento del alma hasta el punto de sonreír alegremente... sin embargo, para quien ha calmado su alma, o es de virtud probada, o tiene dominio de sí mismo, es indecoroso alzar la voz en una carcajada estridente y permitir que el cuerpo tiemble incontroladamente”.²⁹

Hay que señalar que se refiere a la risa excesiva, más allá de los límites de la autocontención. En el contexto de la filosofía griega, esto parece indicar que, si reír demasiado no es ético, también hay que evitar reír demasiado poco. La virtud se sitúa en el punto medio. Como escribió San Jerónimo: “Mientras habitemos en el tabernáculo de este cuerpo y estemos envueltos en esta frágil carne, no podemos sino refrenar y regular nuestros afectos y pasiones; no podemos extirparlos por completo”.³⁰

²⁸ Basil the Great, *Shorter Rules*, 31. Trans. Anna M. Silvas, *The Asketikon of St Basil the Great* (Oxford: Oxford University Press, 2005), 209. Ver, del mismo traductor, *The Rule of St Basil in Latin and English: A Revised Critical Edition* (Collegeville: Michael Glazier, 2013; 53, p. 153. Ver también, Augustine Holmes, *A Life Pleasing to God: The Spirituality of the Rules of St Basil* (London: Darton, Longman & Todd, 2000), 248-256.

²⁹ Basil the Great, *Longer Rules* 17; Silvas, *Asketikon*, 208. *Rule of Basil* 8.26-37; Silvas, 97.

³⁰ Ep 130.13; trans W. H. Freemantle, NPNF 2.6; 268. Para una apreciación aún más positiva de la risa en Jerónimo, ver Marcello Peres Zanfra, “The moral education through laughter in St. Jerome: a case study about the reception of Terence’s *Eunuchus* v. 251-252 in the *Epistle* 22”, *Academia Letters*, July 2021, 1-4.

Dado el carácter generalmente austero de la doctrina espiritual de Evagrio, en sus escritos se condena menos la risa de lo que cabría esperar. En su tratado *Sobre la oración*, recomienda las lágrimas, pero no menciona que se evite la risa.³¹ Es cierto que hace la afirmación habitual de que “la risa descontrolada destruye el carácter comedido”,³² pero se trata de una observación limitada en su alcance por el adjetivo “descontrolada”. Y a las vírgenes les escribe: “La risa es vergonzosa y la desvergüenza es vergonzosa; toda persona necia se ve envuelta en tales cosas”.³³ Y: “La que hace reír a un hombre es como la que se pone la soga al cuello”.³⁴ En estos casos parece tener en mente la interacción entre los sexos, en la que la risa puede servir como elemento en el proceso de seducción.

Juan Casiano estaba fuertemente influenciado por Evagrio, pero nunca lo mencionó: temía ser manchado por el origenismo. Tampoco tiene mucho que decir sobre la risa como tal, pero en su descripción fenomenológica de los indicios (*indicia*) de la humildad, concluye diciendo que quien es humilde no se ríe fácilmente.³⁵ Y en otro lugar comenta que las situaciones que evocan la risa tonta a menudo resuenan durante nuestros intentos de oración.³⁶ Se trata de sabiduría común, no muy enfatizada.

La Regla del Maestro recibió una fuerte influencia de Casiano y traslada muchos de los principios de la vida solitaria a un contexto comunitario. Prevé una comunidad punitivamente silenciosa, en la que casi la única interacción es vertical —entre los discípulos y el Maestro, o bajo la supervisión de los decanos—. ³⁷ No sabemos si la Regla del Maestro llegó a ponerse directamente en práctica; es difícil imaginar que atrajera reclutas.

³¹ On Prayer 5, 6, 7, 78; translated John E. Bamberger, *Praktikos, Chapters on Prayer* (Spencer: Cistercian Publications 1970), 56, 68.

³² Evagrius of Pontus, *Exhortations to Monks* 1.10. Translated in Robert E. Sinkewicz, *Evagrius of Pontus: The Greek Ascetic Corpus* (Oxford: Oxford University Press, 2003), 218.

³³ *Exhortations to a Virgin* 22, Sinkewicz, *Evagrius*, 133.

³⁴ *Exhortations to a Virgin* 46, Sinkewicz, *Evagrius*, 134. Barry, *Commentary on the Rule of Saint Benedict* (Kalamazoo: Cistercian Publications, 2007), 303.

³⁵ *Institutes* IV, 39,2; SChr 109, 180: *Decimus si non sit facilis et promptus in risu*.

³⁶ *Conferences* IX, 3; SChr 54, 42.

³⁷ Esto es especialmente evidente en RM 3.57-60; 9.1-9, 41-44, 51; y 10.

Como hemos visto, el inexperto Benito incorporó algunos de estos pasajes a su Regla. No sabemos hasta qué punto este rigor pudo haber disminuido a medida que Benito se suavizaba. La experiencia sugiere que bien pudo haber sido así, pero el capítulo anterior permaneció inalterado.

Siglos más tarde, Smaragdus de Saint-Mihiel (fl. 809-819) se contenta con repetir los argumentos convencionales contra la risa.

“Es la levedad de la mente lo que hace que un monje esté siempre listo y dispuesto a reír. Como no lleva el temor del Señor en su corazón, siempre quiere reír desmesuradamente y a carcajadas. No presta atención a la advertencia del apóstol Santiago cuando dice: «Afligíos, lamentaos y llorad. Vuestra risa se convertirá en luto y vuestra alegría en tristeza»... Por eso el luto es más propio de un monje que la risa, porque a través del luto se llega a la alegría...”³⁸

“Las palabras que están llenas de risa muestran claramente que un monje, o es tonto y de mente ligera, o en todo caso un tipo vacío.”³⁹

La primera cualidad necesaria en una auténtica vida monástica es una cierta seriedad que evite la frivolidad, y todo lo que pueda minar cualquier tendencia al recogimiento. La vida monástica debe estar marcada por una expectativa de reversión escatológica: lo que ahora es triste, será alegre en el más allá.

“Por lo tanto, es más apropiado para un monje tener una tristeza saludable que una alegría vacía... El monje no debe reír mucho, sino servir a su Señor con corazón contrito y humilde. Un monje no debe amar la risa violenta, es decir, la risa que estalla en fuertes carcajadas y realmente sacude a la persona que la desata, en ese caso será señalado por la gente como un tonto... La risa es natural en el ser humano y, por tanto, no puede prohibírsele del todo; pero podemos permitir que se haga, con moderación, circunspección y decoro, aquello a lo que no se puede renunciar del todo, puesto que estamos bajo la compulsión de la naturaleza”.⁴⁰

³⁸ Smaragdus of Saint-Mihiel, *Expositio in Regulam S. Benedicti*, CCCM VIII, 188; Trans. David Barry, *Commentary on the Rule of Saint Benedict* (Kalamazoo: Cistercian Publications, 2007), 303.

³⁹ CCCM VIII, 189; Barry, 303.

⁴⁰ CCCM VIII, 134; Barry, 226-227.

Smaragdus no condena toda risa a una *aeterna clausura*, como el Maestro y Benito, sino que reconoce que es un acto espontáneo que se produce independientemente de la voluntad. Al mismo tiempo, aconseja al monje que tenga cuidado de que la risa no sobrepase los límites razonables.

“La risa no está totalmente prohibida al hombre, como ya se ha dicho antes, pues es el único don de la naturaleza entre todas las criaturas; pero para que el vicio de la frivolidad pueda ser evitado, la disposición a reír y reír a carcajadas están prohibidas”.⁴¹

De las muchas artes retóricas que dominaba Bernardo de Claraval (1090-1153), era especialmente hábil en la *captatio benevolentiae*, la capacidad de ganarse la aprobación de aquellos a quienes se dirigía. Jean Leclercq me comentó una vez que, incluso en sus expresiones más austeras, hay que imaginar que Bernardo sonreía. De hecho, él mismo consideraba su humor como una especie de marca de fábrica. En una ocasión, cuando le robaron su sello personal, escribió que su manera jocosa de hablar (*maneries locutionis*) debía considerarse un medio de autenticación.⁴² Cuando, tras una profunda reflexión teológica sobre la humildad, opta por ilustrar de forma práctica sus enseñanzas con sketches cómicos de monjes faltos de humildad, el resultado es divertido, pero su mensaje es serio.⁴³ Lo mismo puede decirse de su descripción de los excesos cluniacenses en la *Apología*.⁴⁴ Expone su punto de vista con suficiente claridad, pero mediante una exageración escandalosa reduce el impacto amenazador de sus comentarios. Aun así, mientras sonríen ante sus caricaturas, muchos lectores experimentarían, tal vez, un leve estremecimiento de conciencia. Puede considerarse un ejemplo del principio de que “una cucharada de azúcar hace que baje la medicina”.

Bernardo era lo suficientemente alegre como para hacer el tonto, a fin de moderar el impacto que su gran reputación podía tener en su

⁴¹ CCCM VIII, 188; Barry 303.

⁴² Ep 402; SBOp VIII, 382. Para el uso que Bernardo hacía del humor, ver M. Casey, “Reading Saint Bernard: The Man, the Medium, the Message”, en Brian Patrick McGuire [Ed.], *A Companion to Bernard of Clairvaux* (Leiden: Brill, 2011), 62-107.

⁴³ Hum 28-56; SBOp III, 38-58.

⁴⁴ Apo 16-30; SBOp 94-107.

autopercepción. No quería tomarse a sí mismo demasiado en serio.⁴⁵ En sus obras menos formales se muestra desenfadado. Era famoso por sus juegos de palabras, sobre todo en sus cartas.⁴⁶ Incluso dio vuelta la *aeterna clausura* de Benito al recomendar que el discurso edificante no se excluyera de la interacción fraterna.⁴⁷ Bernardo se tomaba en serio las exigencias de la vida en comunidad y esperaba que sus monjes fueran agradables y fáciles de tratar. No cabe duda de que a veces se oían risas en los sagrados claustros de Claraval.

Elredo de Rieval suele ser visto como un personaje atractivo. También él reconoce que debe haber risas, incluso antes de la llegada de la alegría escatológica.

“«Isaac» se interpreta como «risa» y significa aquello de lo que habló el Señor en el Evangelio: «Bienaventurados los que ahora lloráis; reiréis» (Lc 6,21). Esta risa no significa escarnio y bromas groseras, sino cierta alegría indecible que tendremos [cuando estemos] con Dios. De esa alegría debemos tener parte en esta vida. Debemos regocijarnos en la esperanza que debemos tener en Dios y en las promesas que Dios nos ha hecho”.⁴⁸

Y si el abad de Rancé no era famoso por divertirse —al igual que más cercano a nuestros días Thomas Merton, que ciertamente tenía fuertes convicciones sobre los valores monásticos básicos—, él era buena compañía, con un agudo ojo para lo absurdo y una buena disposición para reírse de sí mismo.

⁴⁵ Ep 87.12; SBOp VII, 231; datada 1140, en la cima de la carrera pública de Bernardo. Véase Jean Leclercq, “La thème de la jonglerie chez S. Bernard et ses contemporains”, y “Ioculator et saltator’: S. Bernard et l’image dur jongleur dans les manuscrits” in *Recueil d’études sur Saint Bernard et ses écrits* V (Rome: Storia e Letteratura, 1992), 347-362, 363-384.

⁴⁶ Ver Jean Leclercq, “Lettres de Bernard: Histoire ou littérature?”, en *Recueil d’études sur Saint Bernard et ses écrits* IV (Rome: Storia e Letteratura, 1987), 202-205. See also Dorette Sabersky-Bascho, *Studien zur Paronomasie bei Bernhard von Clairvaux* (Freiburg: Universitätsverlag, 1979).

⁴⁷ Div 17.7; SBO Via, 155.

⁴⁸ Aelred of Rievaulx, S. 158.14; CCCM 2c, 478-79. Pero nótese también S. 103.8 (CCCM 2c, 94), donde Elredo señala: “No leemos que Jesús se haya reído alguna vez”.

Los monjes y monjas suelen ser seres humanos normales, lo que significa que el humor desempeña un papel integral en sus vidas. Incluso una vida espiritual intensa no excluye un poco de alegría. Como exclama Sir Toby Belch en *Noche de Reyes* de Shakespeare: “¿Crees que, porque eres virtuoso, no habrá más pasteles y cerveza?”.⁴⁹ San Jerónimo parece haber sido de una opinión similar.

“La mente humana no siempre es capaz de estirarse hacia lo sublime y pensar en asuntos divinos y más elevados, ni de estar permanentemente en contemplación de las realidades celestiales. A veces debe aplazarse ante las necesidades corporales. Hay un tiempo para abrazar la sabiduría y para aferrarse a ella más estrechamente, y un tiempo para relajar la mente de la mirada y del abrazo de la sabiduría, de modo que pueda estar al servicio del cuidado del cuerpo y de aquellas cosas que son necesarias para nuestra vida —aparte del pecado”.⁵⁰

En materia de risa, como en todo, la verdadera virtud se encuentra en un feliz punto medio entre el exceso y la carencia, pero conviene tener presente la máxima de Santo Tomás Moro: “Un santo triste es un triste santo”.⁵¹

La relajación, el humor y la risa pueden ser agentes de unión en una comunidad, pero también pueden servir como instrumentos de burla, autoenajenación, exclusión y rechazo. Pueden ser expresiones de superficialidad y pérdida de ideales. Cuando la tradición monástica condena la risa, conviene entenderla sobre todo como referida a estas aberraciones. Se trata de un rechazo del humor deshumanizador, sin incluir necesariamente toda la alegría en esa categoría.

⁴⁹ Acto 2, Escena 3.

⁵⁰ San Jerónimo, *Commentarius in Ecclesiasten*, PL 23, 1089C.

⁵¹ Citado por Frank J. Sheed, *Saints are not Sad* (London: Sheed and Ward, 1953).